

# EL CARLISMO, HOY

**RAMON CHAO.**—En mil novecientos doce, cuando no tenía usted veinte años, participó en una tentativa de restauración en el trono de Portugal de su tío Miguel de Braganza. ¿Cuáles fueron los motivos que le llevaron a esta acción —por los demás, fracasada— y cree usted que la Monarquía hubiera resuelto los problemas de Portugal y que hubiese evitado el salazarismo?

**FRANCISCO JAVIER DE BORBÓN.**—Portugal se hallaba entonces en una situación caótica. La nobleza había perdido su capacidad de coherencia y, por lo tanto, de organizar la sociedad; la burguesía portuguesa se reveló incapaz de sustituir a esa nobleza como cuerpo social y político; el pueblo se encontraba a un nivel de incultura muy grande; el Parlamento y las fuerzas políticas estaban también incapacitadas para afrontar los fenómenos sociológicos y políticos. Sólo el Ejército y la Marina tenían una cierta organización. Por ello se producían los constantes golpes de Estado.

"Pensábamos entonces que el restablecimiento de la Monarquía legítima —que había tenido una verdadera simpatía popular en el pasado— podía realmente cambiar el panorama político del futuro, federando muchas voluntades dispersas y, muy a menudo, opuestas.

"No se podía entonces prever el salazarismo y, por lo tanto, no se podía pensar en evitarlo. Lo que sí era evidente para nosotros es que el caos, aparte de suponer grandes sufrimientos para el pueblo, suponía también que un día u otro se tendría que imponer un sistema dictatorial y que, en consecuencia, estaba en peligro toda evolución democrática.

**R. CH.**—Pocos años después, en el mes de diciembre de mil novecientos quince, cuando usted y su hermano Sixto eran oficiales del Ejército belga, recibieron (el día cinco) una carta de su hermana Zita, Emperatriz de Austria, encomendándoles que se pusieran en contacto con la Reina Elisabeth de Bélgica, quien les confió "asuntos de la máxima importancia". Al final de la guerra mundial, el Presidente francés, Georges Clemenceau, les citó y rindió homenaje a su acción. ¿Puede explicar nos en qué consistió?

**F. J. DE B.**—Fue un intento de paz separada entre Francia y el Imperio austríaco, para lograr un cese de hostilidades generales y acabar con una guerra que creaba inmensos sufrimientos.

"En una serie de viajes secretos a Suiza pude concretar las condiciones del acuerdo de paz separada entre el Gobierno austríaco, el Gobierno británico, presidido por David Lloyd George; el belga, con el apoyo de mi primo, el Rey Alberto, y el Gobierno francés, pre-

*Nuestro redactor en París, Ramón L. Chao, ha sostenido una larga conversación con don Francisco Javier de Borbón-Parma, jefe de la familia a la que pertenecen don Carlos Hugo —hijo mayor— y don Sixto. Esta conversación es anterior a los sucesos de Montejurra, pero esclarece de antemano lo sucedido en la dinastía y las posiciones políticas de los carlistas en este momento y con respecto a la política nacional. Publicamos su extracto en simples preguntas y respuestas, sin ningún comentario ni del entrevistador ni de TRIUNFO, a título de información. Estas palabras tienen carácter de exclusiva: don Francisco Javier no hace generalmente declaraciones a la prensa.*

sido por Aristide Briand. Por desgracia, cayó en ese momento el Gobierno francés y Briand fue sustituido por Ribot. Este informó a su colega italiano, quien se lo comunicó inmediatamente al Kaiser. Así fue torpedeado este intento de paz separada, que a nuestro juicio hubiera acertado la primera guerra mundial y, quizá, hubiese evitado la segunda.

"Las causas profundas del fracaso de esta misión fueron, en primer lugar, el excesivo optimismo de los aliados en cuanto a las posibilidades de una rápida victoria y, después, que para Inglaterra, Italia y gran parte del sector político francés, lo más importante no era la destrucción de Alemania, sino la del Imperio austro-húngaro.

"El sector anglosajón pensaba, en efecto, que Austria era el enemigo histórico de Prusia, es decir, del Gobierno alemán de entonces. El Emperador era primo de la Reina de Inglaterra. Por lo tanto, lo que convenía era destruir no Alemania, sino el Imperio austríaco, para entenderse luego con los alemanes. Una paz separada suponía el mantener un Imperio austríaco después de la guerra.

"Los italianos estaban, en primer lugar, interesados en la eliminación del Imperio austríaco para recuperar Trieste y el Sur del Tirol, suprimiendo también una amenaza para sus fronteras del Norte.

"Los franceses tenían un gran deseo de terminar la guerra, pues llevaban con los belgas el peso principal de la lucha. Pero cierto sector político, vinculado a las entonces potentes organizaciones secretas (mantenidas por la burguesía capitalista de la época), querían, ante todo, la destrucción del Imperio austro-húngaro, que tenía tres defectos para ellos: primero, era un Estado católico; luego, era un Estado federal, y en tercer lugar, era un Estado monárquico. Estas tres características se oponían totalmente a la visión que tenía entonces la oligarquía occidental y norteamericana de lo que debía de ser un Estado moderno.

**R. CH.**—El veintitrés de febrero de mil novecientos treinta y seis es nombrado usted regente por su tío don Al-

fonso Carlos. Poco después se produce la guerra civil. Entonces es elevado usted al cargo de jefe del ejército carlista; firma la orden de movilización y pone en pie de guerra, al lado de los rebeldes, a más de cien mil combatientes. ¿Por qué se sublevaron ustedes contra la República?

**F. J. DE B.**—Efectivamente, parece sorprendente que el carlismo, que había acogido la República con entusiasmo, por su origen popular, y el entonces Rey carlista don Jaime así lo había proclamado por considerar que representaba una etapa útil en la lucha por la democracia, se encontrasen tres años más tarde conspirando contra esa misma República. No solamente el carlismo se congratuló de la llegada de la República, sino que participó e influyó considerablemente en la constitución o en los intentos de reforma constitucional a través de los dos distintos estatutos que trataban de dar una mayor autonomía y responsabilidad popular a los países o pueblos que, según la doctrina carlista, debían disponer de un sistema de autogobierno.

"Pero, por desgracia, la República nació en el peor momento. La crisis económica del año veintiocho, con su cortejo de dramas sociales, y la culminación de un sentimiento violentamente antirreligioso le fueron imponiendo un carácter que al principio no tenía. Y si bien el primer fenómeno ha sido ampliamente analizado, y es de sobra conocido, el fenómeno antirreligioso ha sido mal interpretado. Las izquierdas no eran antirreligiosas de por sí, sino que heredaron el violento sentimiento popular anticlerical producido por la actitud de la Iglesia jerárquica durante todo el siglo anterior. En efecto, la Iglesia aparecía en grandes líneas como vinculada siempre al poder establecido, al poder capitalista y burgués, represor, y que luchaba contra el pueblo. La Iglesia jerárquica, con su actitud de fuerza dominante, ofreció así una imagen muy deformada de la fe y de la religión. La derrota de los carlistas en las tres guerras sucesivas; es decir, la derrota de un movimiento popular, pero profundamente vinculado a una fe cristiana, así como la participación en esta guerra de los curas de pueblo, dio incluso la sensación de que la Iglesia jerárquica mis-

ma era principalmente un instrumento de dominación, un instrumento de la clase dominante —entonces la burguesía capitalista— y de su Monarquía, la Monarquía llamada liberal. Esta actitud de la jerarquía acabó creando un sentimiento anticlerical, incluso en un sector tan católico como el carlista, y luego en el sector no religioso, este anticlericalismo se convirtió en una postura antirreligiosa. Muchos líderes de las izquierdas intentaron evitar esta polarización antirreligiosa, pero el sentimiento popular, especialmente en el sector que más sufría por la terrible crisis social y económica, y cuyos miembros nutrían los movimientos de izquierda, a menudo culpaban en su desesperación a la Iglesia y a la propia religión de todos sus males. Las derechas conservadoras comprendieron que el incremento de la actitud antirreligiosa solamente podía servir a sus intereses egoístas. Con este fin provocaron a las izquierdas en materia religiosa, creando una escalada de odio y de recelo entre los católicos y la izquierda.

"De esta forma, ciertos sectores anticlericales o antirreligiosos de izquierda llegaron a extremos que muchos católicos —quienes, por otra parte, reconocían las razones profundas de los planteamientos políticos de las izquierdas— no podían seguir tolerando. Las actitudes antirreligiosas ofensivas produjeron una reacción antizquierdas. Entre estos sectores estaban los carlistas. Así, frente al caos al final de la República, se unen por una parte una serie de fuerzas conservadoras capitalistas celosas de mantener el orden y el partido carlista, por otra, motivado por un sentimiento de defensa de las libertades religiosas. De esta forma, por motivos diferentes e incluso opuestos, se encuentran en la coyuntura histórica de la época en el mismo campo, el carlismo, las derechas, el Ejército, la Iglesia institucional y la burguesía conservadora, que habían sido durante un siglo los enemigos más feroces del carlismo.

"Para el carlismo, el Alzamiento tenía solamente un objetivo: restablecer el orden y el respeto de las libertades religiosas. Hasta tal punto esto es verdad que el único acuerdo político que tomé con Sanjurjo fue el dejar para después la discusión sobre la forma de gobierno. El partido carlista no puso ninguna condición política suya primero, no puso sus condiciones. Estimaba que sus intereses ideológicos y políticos se debían posponer a los países del país entero. Esta fue la gran maniobra que la clase dominante tendió al carlismo.

**R. CH.**—El ocho de diciembre de mil novecientos treinta y seis se anunció la creación de una Academia Militar Autónoma, destinada a formar oficiales carlistas. Franco mucho temió entonces la preparación de un golpe de Estado carlista, declaró ilegal esta Academia y Fal Conde tuvo que huir. ¿A qué

obedeció la creación de esta Academia?

F. J. DE B.—Ya desde las anteriores guerras existía la tradición de que el partido carlista formase sus propios mandos. Dado que el partido carlista no coincidía con las fuerzas conservadoras más que en restablecer el orden democrático, era lógico que mantuviera su autonomía en la formación de sus mandos. En efecto, el partido carlista tiene del ejército el concepto histórico de fuerza popular. El partido carlista se transformaba en ejército popular en los periodos de guerra. El mismo partido se hacía Ejército. Por ello era lógico, en la perspectiva carlista, abrir su propia Academia; no era, evidentemente, del gusto del general Franco, que pretendía utilizar el carlismo como fuerza de choque puramente militar y anular la fuerza popular política.

R. CH.—En mil novecientos treinta y siete se entrevistó usted con el general Franco en Burgos. La versión de éste explica que usted le prometió no inmiscuirse en la política interior española. ¿Fue así?

F. J. DE B.—En absoluto. Protesté contra el giro totalitario y fascista del poder. E insistí en que habíamos venido para restablecer el orden y no para instaurar el fascismo. Y que el condicionar el futuro antes de finalizar la guerra era contrario al pacto que habíamos firmado con Sanjurjo y el Ejército en el período de la conspiración.

R. CH.—El dieciocho de abril de mil novecientos treinta y siete se publicó el Decreto de fusión de la Falange y de la Comunión Tradicionalista en un organismo único bajo el mando de Franco. ¿Cuál fue su actitud?

F. J. DE B.—Ante las imposiciones para implantar un régimen totalitario y fascista de común acuerdo con la oligarquía, nuestra actitud podría haber sido el retirar a nuestros hombres de los frentes. Pero reflexionando deduje que esto supondría el derrumbamiento del campo nacional. En una época en que la guerra se había convertido en una cuestión de vida o muerte para los dos campos, esta actitud no era razonable, por ello no lo hice. Pensábamos, además, que una vez terminada la guerra, la presión de los países europeos democráticos permitiría el regreso a una vida política más normal, evitando el peligro de que el régimen nacional cayera en el fascismo. En aquel entonces se tenía todavía la esperanza de un resurgir de las democracias.

R. CH.—Participó usted en la segunda guerra mundial como coronel del Ejército belga. ¿Puede explicarnos sus actividades?

F. J. DE B.—El desarrollo del fascismo y de la forma más monstruosa de este sistema —el nazismo— me convenció de que mi deber consistía en entrar en la contienda, y así lo hice, en el Ejército belga, como lo hiciera en la primera guerra mundial. Participé en todos los combates, desde la frontera belga hasta Dunkerque. De ahí pasé a Inglaterra, por orden del general-jefe, y tras la capitulación belga volví a Francia en un torpedero. En Francia hice el resto de la guerra, con las tropas francesas hasta la victoria final y el armisticio. Me refugié luego en San Juan de Luz y en Pau. Regreso después al Cen-



Paris 24 de abril 1976

Francisco Javier

tro de Francia, a la zona que todavía no habían ocupado los alemanes.

R. CH.—¿Qué actividades tuvo entonces?

F. J. DE B.—Al principio, y gracias a las amistades que tenía en Inglaterra, así como con los políticos franceses, logré que se estableciera un acuerdo secreto entre Gran Bretaña y Francia para garantizar el libre paso de barcos mercantes en África del Norte y la metrópoli. Este acuerdo quedó establecido de forma verbal entre lord Halifax y el ministro francés Chevalier, amigos míos ambos. En honor de los británicos diré que fue escrupulosamente respetado, y, a mi juicio, este acuerdo salvó la vida a miles de personas, pues disminuyó considerablemente la extrema situación de subalimentación que se sufría en aquella época en Francia.

R. CH.—Más tarde, dirigió usted un grupo de "maquis" en la región de Allier. ¿Cómo entró usted en la Resistencia, y cuál era su misión?

F. J. DE B.—Los alemanes ocuparon el Sur de Francia en mil novecientos cuarenta y dos, produciéndose en la población una repulsa profunda y cada vez más violenta. Así se creó un campo muy bien abonado para los "maquis", que empiezan a surgir por doquier. Pero los primeros grandes encuentros con las tropas alemanas, bien entrenadas y encuadradas, dieron como resultado unas pérdidas impresionantes, especialmente entre los elementos más valiosos —de algún modo, la oficialidad— de los "maquis", que pagaron con sus vidas los errores tácticos.

"Los "maquis" estaban, pues, faltos

de dirigentes verdaderamente competentes y carecían de un entrenamiento adecuado. Además, se producían ciertos enfrentamientos entre ellos. Por ello me vinieron a ver varios dirigentes de la zona del Centro de Francia para solicitar mi colaboración, tanto en el plano general como en el de la organización misma de las unidades. Acepté y fui denunciado a las autoridades nazis. La Gestapo me interrogó durante un mes en Vichy y luego me enviaron a una cárcel militar. Posteriormente fui condenado a muerte por comunista y me trasladaron al campo de exterminio de Natzweiler, antes de ir a Dachau. Esta condena a muerte por comunista fue debida, en gran parte, a que en el Centro de Francia los "maquis" estaban organizados en su gran mayoría por militantes del partido comunista. Por ello, todos los miembros de los "maquis" eran considerados comunistas. Pero también creo saber (así me lo dijeron algunos alemanes) que mi detención se debió a una negativa del Gobierno español de interceder en mi favor, tras una consulta que le hicieron los nazis. Por ello, las intervenciones de amigos españoles no carlistas ante el régimen de Franco, pidiéndole que intercediera no constituyeron precisamente una ayuda para mí, aunque, naturalmente, agradezco las buenas intenciones que les movieron para tratar de salvarme la vida.

R. CH.—Se salvó usted por una serie de circunstancias casuales y de solidaridad entre los deportados. ¿Puede relatar estos episodios?

F. J. DE B.—Los que realmente me

salvaron la vida en el campo de concentración de Dachau fueron unos refugiados españoles de izquierda y un antiguo compañero mío de colegio, polaco, que me dio el pijama de un muerto. Luego, una vez descubierta mi verdadera personalidad, le debo la vida a unos amigos desconocidos, pero también españoles de izquierda refugiados en Francia. Habían sido deportados por los alemanes. Aprovechando la barahúnda provocada por un bombardeo, quemaron el fichero del campo. Gracias a esto me salvé de la horca, y aunque también esta vez me descubrieron, era ya una época en que los alemanes preferían conservar rehenes en lugar de matarlos.

R. CH.—En mil novecientos cuarenta y cinco regresa usted clandestinamente a España. ¿Con qué objetivo? ¿Cómo reaccionaron los militantes carlistas?

F. J. DE B.—En cuanto estuve repuesto suficientemente de mis años de cárcel y campos de concentración, me dispuse a pasar a España y así lo hice. En aquella época la frontera era totalmente impermeable y cada vez tuve que hacerlo con la ayuda de contrabandistas y carlistas, que conocían perfectamente el terreno. Cada paso representaba muchas horas de noche en la montaña. Pero para mí lo importante era, después de seis años de haber perdido prácticamente todo contacto con España, recorrerme clandestinamente el país, lo que representaba entonces muchas dificultades. Los objetivos eran obvios, primero evitar el desánimo del partido que se encontraba en la peor situación posible: vencido políticamente, pero en el campo del vencedor. La segunda meta era intentar mantener un mínimo de organización con el fin de luchar contra las intensas manipulaciones del partido por fuerzas favorables al Régimen y que provocaron varias escisiones. Esta labor de mantener la unidad del carlismo era especialmente delicada, por carecer de toda libertad de movimiento, de comunicación y, por supuesto, de prensa. Solamente el hecho de que el partido carlista fuese históricamente popular y hubiese mantenido su fuerte arraigo popular; gracias a que era un partido de masas de verdad, hizo posible el que sobreviviera a esta situación durante los veinte años que transcurren desde el final de la guerra hasta que a través de una labor política constructiva se hiciera de verdad posible una reconstrucción de la organización.

R. CH.—Es expulsado de nuevo en mil novecientos cincuenta y dos, después de haber sido proclamado Rey por una Asamblea carlista celebrada en Barcelona. ¿Qué problemas creaba entonces el carlismo al régimen franquista?

F. J. DE B.—Precisamente porque considerábamos que las condiciones de una decisión popular democrática por una forma de gobierno no era posible, los carlistas habíamos evitado hacer declaraciones en las que ya apareciera yo como el Rey carlista. En efecto, el Rey en el carlismo es el Rey de todos los españoles, y ser Rey de todos los españoles supone que esté reconocido por todos de antemano. Presupone una aceptación democrática de esta Monarquía. En las condiciones de aquel entonces era imposible. Pero por

otra parte, debido a los peligros de divisiones internas bajo la enorme presión de sectores del Régimen, acepté este reconocimiento como Rey, aunque haya tardado quince años después de la muerte de don Alfonso Carlos en aceptarlo. A fin de que no quepa ninguna duda en cuanto a la toma de responsabilidad mía. Esta aceptación mía supuso para el carlismo una gran seguridad en la continuidad. Entonces el Régimen era aún oficialmente antimonárquico y se imponía con las fuerzas que desde siempre habían sido opuestas al carlismo. Y como se vio después, estaba preparando una Monarquía que correspondiera a una continuación del mismo.

"El aceptar públicamente todas las consecuencias de compromiso dinástico representó entonces para los muchos miles de militantes carlistas la garantía de que el día de mañana se podía realizar la Monarquía democrática y federal por la cual había luchado y luchaba desde hace más de un siglo el carlismo. Pero, evidentemente, esta aceptación oficial iba en contra de toda la política fascista del Régimen de entonces. El resultado fue que me encontré otra vez expulsado, puesto que este último viaje, para tener su efectividad, no había sido, en su manifestación por lo menos, clandestino.

"Por ello —como dije antes—, tardé personalmente quince años en aceptar públicamente el título de Rey, considerando que únicamente la voluntad popular de todo el pueblo español podía conceder este título. Sólo la falta de esperanza en un plausible referéndum popular dentro de un plazo histórico visible me obligó a aceptar este título, porque el no aceptarlo (como hoy, para mi hijo, no aceptarlo) se hubiera podido interpretar como el abandono de un punto fundamental del carlismo, y yo no soy quién para romper un pacto histórico defendido con tanta sangre por los carlistas de tantas generaciones desde hace más de un siglo y hasta hoy.

**R. CH.—Desde mil novecientos cincuenta y dos se empieza a advertir una transformación de la línea ideológica del carlismo. Hace usted numerosos viajes clandestinos a España. ¿A qué se debe esta transformación? La frecuencia de los militantes de izquierda (socialistas, comunistas, etcétera) en los "maquis", en los campos de concentración, ¿ha podido influir en usted?**

**F. J. DE B.—**El carlismo había tenido siempre un fuerte contenido socialista por una parte y democrático por otra.

"En cuanto a lo primero, llaman la atención las observaciones de Marx primero, luego de Unamuno y las mismas declaraciones de principio de los sindicatos carlistas al comenzar el siglo. Todas estas manifestaciones de pensadores o de programas demuestran hasta la saciedad la concepción socialista peculiar del partido carlista.

"En cuanto al aspecto democrático, el carlismo siempre concebía la libertad como algo que no se puede confinar a unos partidos políticos más o menos ficticios y al parlamentarismo del siglo pasado. Seguía vinculando la li-

bertad a libertades sociales concretas: la libertad foral y federal, las libertades gremiales o sindicales aparecen al carlismo como mucho más esenciales que las libertades parlamentarias. Y cuando se integra en la misma lucha parlamentaria lo hace siempre como un partido popular de masas, opuesto a la misma concepción de la representación del sistema parlamentario ficticio de su época.

"La evolución, por lo tanto, es más aparente que real. La evolución consiste más en superar la guerra civil y el enfrentamiento político y violento con las izquierdas que en un cambio de naturaleza propia del partido. No se trata, en efecto, de hacerse de izquierda, sino de demostrar cara a fuera que lo era en realidad y que lo había sido siempre. Y que si había habido enfrentamiento violento contra estas izquierdas fue por unas circunstancias políticas determinadas y muy especialmente por el impacto del fenómeno religioso sobre la situación general política del país.

**R. CH.—Muchos prohombres del carlismo tradicional se separan de ustedes y se sientan en los escaños de las Cortes. Siguen siendo hoy, como, por ejemplo, Lucas María de Oriol, defensores acérrimos del pasado. ¿Qué piensa usted de ellos?**

**F. J. DE B.—**Así es. Muchos hombres que decían ser carlistas se salieron del carlismo en cuanto éste volvió a su cauce histórico. En efecto, se vuelve a separar ahora tanto el sector de origen integrista que se había vuelto a unir al carlismo a principios de la guerra por motivaciones de cruzadas, y de anticomunismo y de intereses de clase, como muchos de los representantes de los sectores de observadores que encontraban más prestigioso llamarse carlista que falangista, por ejemplo. El carlismo para todos éstos era un refugio seguro, una defensa de sus intereses espirituales o materiales cuando no de sus ambiciones políticas personales. Por ello el Régimen se ha esmerado siempre en utilizar personalidades que habían sido carlistas. Esto servía a confundir a los carlistas y sobre todo a la opinión pública y a mantener en ésta un antagonismo entre izquierda y carlismo, condición evidente de la política de guerra civil latente que el Régimen quería sostener. Pero si hubo una considerable profundización ideológica y sobre todo concretización de la doctrina carlista en materia foral y federal, en materia socio-económica y sindical, en formulación de lo que son o deben de ser los partidos políticos y en cuál es la función del Estado y lo que es realmente en una concepción carlista el concepto de Monarquía.

**R. CH.—El veinte de abril de mil novecientos setenta y cinco abdicó usted en su hijo Carlos Hugo. ¿Qué le llevó a abandonar la dirección del movimiento carlista?**

**F. J. DE B.—**Pasados los ochenta y cinco años, me pareció razonable realizar el tránsito lógico de toda la responsabilidad a mi hijo mayor, Carlos, que de hecho, poco a poco, desde hacía más de veinte años estaba asumiendo la totalidad de la responsabilidad práctica. Ya había delegado en él hace tres años la totalidad de los poderes en el momento del grave accidente que sufrí. Por otra parte, consideraba que

era un modo visible de confirmar la progresión y la línea ideológica que Carlos había llevado a cabo con mi total asentimiento y que correspondía, como decía antes, a una formulación en terminología y en análisis modernos, de una visión actual de nuestra doctrina política. Creo que cada generación tiene que cargar con su propia responsabilidad y el retirarse no puede interpretarse a mi edad como un abandono de responsabilidad, sino como una lógica consecuencia de un proceso histórico. Además, no he abandonado mi actividad política; sigo luchando al lado de mi hijo por una causa que puede aportar a España y al mundo moderno unas soluciones nuevas, porque propone precisamente una democracia de participación por vías de un socialismo democrático o de rostro humano y que además pretende aportarlo por vías pacíficas. Quizá lo más revolucionario del carlismo sea precisamente el proponer una revolución democrática socialista y pacífica.

**R. CH.—¿Sigue siendo monárquico el carlismo de hoy o es más bien un partido de corte republicano?**

**F. J. DE B.—**El carlismo ha sido monárquico siempre por una profunda convicción democrática. El carlismo ha sido monárquico porque cree que una concepción monárquica del Estado federal evita precisamente el centralismo, permite potenciar las libertades concretas o sociales, incluso las libertades políticas, y reducir la función del Estado a lo que tiene que ser. Así el Rey es, en el planteamiento carlista y como lo ha definido muy claramente Carlos VII, el Rey de las Repúblicas españolas. Podemos decir que el carlismo es monárquico porque es republicano, si damos a la palabra República el sentido político o incluso el sentido moderno de *cosa pública*. En una sociedad moderna, la democracia tiene que transformarse en democracia de participación, y en ésta, la Monarquía puede ser la garante, el poder político capaz de garantizar el libre juego de estas instituciones, el libre juego de las libertades.

"No hay en el carlismo contradicción entre República y Monarquía. La Monarquía es en el carlismo la garantía de las Repúblicas. Todo el mecanismo democrático tiene que ser, en efecto, de abajo arriba, el canal de expresión de la voluntad popular.

**R. CH.—¿Qué porcentaje de carlistas cree usted que les siguen por este nuevo camino político-ideológico?**

**F. J. DE B.—**Como le dije antes, no creo que el carlismo esté emprendiendo nuevos caminos políticos o ideológicos, sino que, de la misma forma que el Concilio le permitió a la Iglesia desprenderse de una serie de lastres o de costumbres negativas, el carlismo ha podido liberarse de una serie de condicionamientos históricos y sigue por sus vías populares y socialistas. Por ello, la inmensa mayoría de los carlistas tradicionales continúan dentro del carlismo, y por las vías que hoy por hoy se ven como las vías más eficaces para lograr su ideal político; es decir, una sociedad democrática, con el ejercicio de la total participación de abajo arriba. Esto presupone una representación comunitaria de la misma sociedad; un socialismo de autogestión, tanto en lo econó-

mico, en lo ideológico y en las nacionalidades, para desembocar en un Estado federal. Este Estado federal sería la federación de una serie de fuerzas sociales, políticas o ideológicas, y todas ellas constituirían una comunidad de comunidades. Esto no es una nueva doctrina del carlismo, aunque su formulación actual aparece como nueva después de cuarenta años de silencio forzado por el Régimen, y después de ciento cincuenta años de Historia escrita por los vencedores en contra del carlismo. Por esto compruebo que la inmensa mayoría de los carlistas, precisamente de los viejos, siguen esta línea sin mayor dificultad porque corresponden íntimamente a las motivaciones que en su juventud tenía el carlismo.

**R. CH.—Últimamente su hijo Sixto ha sorprendido por sus declaraciones opuestas a esta línea carlista, y sin llegar a reivindicar el derecho a la sucesión, no deja de colocarse, en cierto modo, "en reserva del carlismo". ¿Puede darnos su opinión sobre este tema?**

**F. J. DE B.—**Mi hijo Sixto ha quedado fuera de la dinastía por desobediencia y por propia decisión, al no aceptar a su hermano mayor como jefe de la familia y responsable legítimo al abdicar yo en él. Ha quedado también fuera de la disciplina del carlismo y de su partido, por esta causa antes indicada y por expresarse contrariamente a la línea ideológica que el carlismo tiene establecida por voluntad popular. Además, no solamente ha optado por no aceptar la línea ideológica del carlismo, sino que ha actuado frente a la propia dinastía faltando a toda norma política al realizar actividades contra su hermano Carlos Hugo, hoy representante de la dinastía, y contra el propio carlismo, manifestándose públicamente en este sentido.

"Yo siempre he tenido como norma el dejar a mis hijos plena libertad para escoger su forma de vida y su opción política, pero referente a los deberes dinásticos e ideológicos que implica el pacto histórico actualizado y renovado hoy con el pueblo carlista, he sido inflexible, puesto que esto no es privativo de las personas, sino de la comunidad política que es España, y por otra parte, en un orden interno del carlismo.

"Ya antes de abdicar en mi hijo Carlos Hugo, tuve que llamar la atención, en privado, a mi hijo Sixto, pero ante la actitud que seguía tuve que hacerlo públicamente. Posteriormente fue el partido el que acordó que dada su actitud, se le consideraba separado por propia voluntad de la dinastía y del carlismo. Yo refrendo personalmente esta actitud adoptada por el partido. Por otro lado, tengo que afirmar que mi hijo Carlos Hugo ha observado en todo momento una actitud recta, serena y objetiva, tanto en un orden político como personal, en las relaciones con su hermano Sixto. En cuanto a mis relaciones personales con mi hijo Sixto, son las normales entre padre e hijo, pero en el orden político están totalmente rotas.

"Quiero añadir que cualquier afirmación, comentario o noticia referente al problema de mi hijo Sixto en relación con el carlismo, con la dinastía y conmigo personalmente, carecerán de valor si no se ajustan a lo aquí expuesto.

■ RAMON CHAO.